

to á partir mañana , sin hacer caso del gran gusto que tendria yo en gozar por mas tiempo de tu amable compañía? Tambien quisiera yo , respondió su pariente , gozar mas despacio de la tuya , pero no puedo. Ya te dixé que vine á la Corte por cierto negocio de Estado. Ayer hablé al primer Ministro , mañana debo volver á verle , y un momento despues me es preciso partir en posta para restituirme á Varsovia. Cátate un Polaco hecho y derecho , replicó Seguíer , y segun todas las señas nunca vendrás á establecer te en Madrid. Creo que no , respondió Don Pompeyo. Tengo la fortuna de que me quiere el Rey de Polonia , y estoy bien hallado en su Corte; pero ¿ creerás tú que no obstante la bondad con que me distingue su Real benignidad , no faltó un tris para que saliese desterrado para siempre de sus dominios? ¿Cómo así? le replicó Don Alexo. Cuéntanoslo por tu vida. Con mucho gusto respondió Don Pompeyo , y al mismo tiempo contaré tambien la historia de mi vida.

## CAPITULO VII.

*Historia de D. Pompeyo de Castro.*

Ya sabe Don Alexo (prosiguió Don Pompeyo) que desde mis mas tiernos años me incliné á las armas , y como en España gozábamos una paz octaviana , tomé el partido de ir á Polonia , á quien los Turcos acababan de declarar la guerra.

ra. Me presenté al Rey , y obtuve empleo en su Ejército. Era yo un segundón de los ménos ricos de España , lo que me puso en precisión de señalarme en las funciones con hazañas que mereciesen la atencion del General. Hice mi deber de modo que el Rey me adelantó y me puso en parage de continuar en el servicio con honor. Despues de una larga guerra , cuyo fin no ignoran Vmds. , me dediqué á seguir la Corte , y S.M. por los buenos informes que diéron de mí los Generales , me gratificó con una pension considerable. Agradecido á la generosidad del Monarca , no perdí ocasion de manifestar mi reconocimiento. Poníame á su presencia en todas aquellas horas en que era permitido verle y hacerle corte. Por esta conducta me introduxe insensiblemente en su amor , y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

Un día en que se corrieron cañas y sortija en un torneo sobresalió mi buena suerte de manera que toda la Corte aplaudió mi valor y mi destreza. Volví á casa colmado de aclamaciones , y halléme con un billete de cierta dama , cuya conquista me lisongeó mas que todo el honor y todos los aplausos de aquel día. Decíame en él que deseaba hablarme , y que para eso á la entrada de la noche concurriese á cierto sitio que ella misma señalaba. Dióme mas gusto este papel que todas las alabanzas que habia recibido , no dudando fuese una dama de la primera distincion la que me escribia. Fácilmente

creerán Vmds. que no me descuidé, y que apenas anocheció volé al parage que se me habia citado. Esperábame en él una vieja para servirme de guía, y me introduxo por una portezuela en el jardín de una gran casa, donde me conduxo á un rico gabinete, en que me dexó encerrado, diciéndome: sirvase V. S. de esperar aquí mientras aviso á mi ama. Vi mil cosas preciosísimas en aquel gabinete, que estaba iluminado con gran número de bugías, magnificencia que me confirmó en el concepto que yo habia formado de la nobleza de aquella dama. Y si todo lo que estaba mirando contribuia á ratificarme en que no podia ménos de ser aquella una persona de la mas alta calidad, mucho mas me aseguré en mi opinion quando ella se dexó ver con un ayre verdaderamente noble, garboso y magestuoso. Sin embargo no era lo que yo habia pensado.

Caballero, me dixo, á vista del paso que acabo de dar en vuestro favor, seria tan imperfinente como inútil disimularos los tiernos sentimientos que habeis excitado en mi corazón. Ni penseis que estos me los inspiró el gran mérito que habeis manifestado á vista de toda la Corte; no por cierto: este mérito no hizo mas que precipitar su explicacion. Tiempo há que estoy muy informada de lo que sois, y lo mucho bueno que oí me determinó á seguir mi inclinacion. Pero no os lisongeis, prosiguió ella, creyendo que habeis hecho la conquista de al-

guna Duquesa. Yo no soy mas que la viuda de un Oficial de guardias: lo único que puede hacer gloriosa vuestra victoria es la preferencia que os doy sobre uno de los mayores señores del Reyno. El Príncipe de Radrivil me ama, y hace quanto puede para ser correspondido; pero no lo consigue, y solo sufro sus obsequios por vanidad.

Aunque conocí por este discurso que trataba con una chusca amiga de aventuras amorosas, no dexé de reconocerme agradecido á mi estrella por este encuentro. Madama Hortensia (que así se llamaba) estaba en la flor de su juventud, y su extraordinaria hermosura me encantaba. Fuera de eso me ofrecia ser dueño de un corazón que se negaba á las pretensiones de un Príncipe. ¡Gran triunfo para un caballero mozo y Español! Arrojáme á los pies de Hortensia para rendirla gracias por sus favores. Díxela quanto la podia decir un hombre apasionado, y creo que quedó muy satisfecha de las vivas expresiones con que la protesté mi fidelidad y mi reconocimiento. Separámonos, quedando los dos mejores amigos del mundo, convenidos en que nos veriamos todas las noches que no pudiese venir á su casa el de Radrivil, tomando ella á su cargo el avisarme exáctamente. Así lo hizo, y en fin yo vine á ser el Adónis de aquella nueva Venus.

Pero los gustos de esta vida duran poco. A pesar de las precauciones que tomó la dama pa-

ra que nuestro comercio no llegase á noticia de mi competidor, no dexó de saber todo lo que nos importaba tanto que ignorase. Informóle de ello una criada descontenta: y naturalmente generoso, pero fiero, zeloso y arrebatado, se indignó sobre manera de mi audacia. La cólera y los zelos le turbáron la razon, y aconsejándose solo con su furor, determinó tomar venganza de mí, pero del modo más infame. Una noche que estaba yo en casa de Hortensia me esperó á la puerta falsa del jardín, en compañía de sus criados, armados todos de garrotes. Luego que salí hizo que se echasen sobre mí aquellos miserables, y les ordenó que me moliesen á palos. Dadle recio, les decia; muera á garrotazos ese temerario, que con esta infamia quiero castigar su insolencia. Apenas dixo estas palabras quando todos se echaron sobre mí, y me diéron tantos palos que me dexáron tendido en tierra, sin sentido, y como muerto. Retiráronse despues con su amo, para quien habia sido aquella cruel execucion el mas divertido y mas alegre espectáculo. Al amanecer pasaron cerca de mí algunas personas, las cuales observando que todavia respiraba, tuviéron la caridad de llevarme á casa de un Cirujano. Por fortuna se halló que no eran mortales los golpes, y tuve tambien la de caer en manos de un hombre hábil que me curó perfectamente en ménos de dos meses. Al cabo de este tiempo volví á parecer en la Corte, donde proseguí en el mismo método que

que ántes, pero sin volver á entrar en casa de Hortensia, la qual tampoco hizo por su parte diligencia alguna para que nos viésemos, porque á este solo precio la habia perdonado el Príncipe su infidelidad.

Como todos sabian mi aventura, y ninguno me tenia por cobarde, se admiraban de verme tan sereno como si no hubiera recibido la menor afrenta, sin saber que imaginarse de mi aparente insensibilidad. Unos creian que á pesar de mi valor la calidad del agresor me contenia y me obligaba á tragarme el ultrage. Otros, con mayor razon, no se fiaban en mi silencio, y miraban como una calma engañosa la sosegada situacion que aparentaba. El Rey pensó, como estos, que yo no era hombre que olvidase un insulto sin tomar satisfaccíon, y que no dexaria de vengarme quando encontrase oportunidad. Para saber si habia adivinado mi pensamiento me hizo entrar un dia en su gabinete, y me dixo: Don Pompeyo, ya sé el accidente que te sucedió, y confieso que estoy admirado de ver tu tranquilidad. Tú ciertamente maquinas y disimulas. Señor, le respondí, ignoro quien pudo ser mi ofensor, porque fuí acometido de noche por embozados y gente desconocida, y nada tengo que hacer sino consolarme de mi desgracia. Nó, nó, replicó el Rey; no pienses alucinarme con esa respuesta poco sincera. Estoy informado de todo. El Príncipe de Radrivil fué el que mortalmente te ofendió. Tú eres noble y

Español, y sé muy bien en lo que te empeñan estas dos qualidades. Sin duda has formado resolucion de vengarte. Quiero absolutamente que me confieses el partido que has tomado, y no temas que llegue jamas el caso de arrepentirte de haberme confiado tu secreto.

Pues ya que V. M. lo manda, no puedo ménos (respondí yo) de manifestarle con toda verdad mi pensamiento. Sí, señor, solo pienso en vengar la afrenta que he recibido. Todo hombre que ha nacido como yo es responsable de su honor á su linage y á su mismo nacimiento. V. M. sabe muy bien el ultrage que se me ha hecho, y yo he resuelto asasinar al Príncipe de una manera que corresponda á la indignidad de la ofensa. Le envaynaré un puñal en el pecho, ó le levantaré la tapa de los sesos de un pistoletazo, y me refugiaré en España si pudiere. Este, Señor, es mi ánimo. A la verdad, repuso el Rey, me parece violento; pero ni por eso me atreveré á condenarle, considerada bien la villanía de la injuria que te hizo Radrivil. Conozco que merece el castigo que le tienes preparado; pero suspéndelo por un poco, no le pongas en execucion tan presto. Dame tiempo para pensar, y para encontrar algun temperamento que os esté bien á los dos. ¡Ah, Señor, exclamé yo no sin alguna conmocion. Pues á qué fin me obligó V. M. á descubrirle mi secreto. Qué temperamento puede jamas... Si no encuentro alguno que os dexé á entrámbos satisfechos podrás  
exe-

executar entónces lo que tienes resuelto. No pretendo abusar de la confianza que me has hecho; no sacrificaré tu honor, y en esta conformidad puedes estar muy tranquilo.

Andaba yo discurriendo por qué medios podía pretender el Rey componer amigablemente este negocio; y he aquí como lo gobernó. Habló en particular á mi enemigo, y le dixo: Radrivil, tú has ofendido á Don Pompeyo de Castro: no ignoras que es un caballero ilustre, á quien yo amo, y que me ha servido bien. Le debes dar satisfaccion. Señor, respondió el Príncipe, si él la pide pronto estoy á dársela con la espada en la mano. Es muy diferente la que le debes dar, replicó el Rey. Un Español noble sabe demasiadamente las leyes del pundonor para querer medir la espada noblemente con un cobarde asasino. No puedo darte otro nombre, ni tú podrás borrar la indecencia de una accion tan villana sino presentando tú mismo un baston á tu enemigo, y ofreciéndote á ser apaleado por su mano. ¡Santo cielo! exclamó mi enemigo. Pues qué, Señor, ¿quiere V. M. que un hombre de mi nacimiento se humille delante de un caballero particular hasta llevar con paciencia algunos palos? No llegará ese caso, respondió el Rey. Yo obligaré á Don Pompeyo á darme palabra de que no te tocará, solo pretendo que le pidas perdon de tu violencia, presentándole el baston. Señor, replicó el Príncipe, eso es pedirme demasiado, y quiero mas quedar ex-  
pues-

puesto á las ocultas y alevosas asechanzas de su resentimiento. Tu vida es para mí preciosa, repuso el Monarca, y yo quisiera que este negocio no tuviera funestas consecuencias. Para terminarlo con ménos disgusto tuyo, seré yo solo testigo de dicha satisfaccion, que absolutamente quiero y mando que des al injuriado Español.

Necesitó el Rey de todo su poder para conseguir que Radrivil se sujetase á un paso tan humillante; pero al fin lo consiguió. Envióme despues á llamar. Contóme la conversacion que habia tenido con mi enemigo, y me preguntó si me contentaria yo con aquella satisfaccion. Respondíle que sí, y dí palabra de que léjos de ofenderle, ni aun siquiera tomaria en la mano el baston que me presentase. Regladas así las cosas concurrímos el Príncipe y yo al quarto del Rey en cierto dia y á cierta hora, y su Magestad se cerró con nosotros en su gabinete. Ea, dixo al Príncipe, reconoced vuestra falta, y mereced el perdon. Hízome entónces sus excusas mi contrario, y presentóme el baston que tenia en la mano. Tomad, Don Pompeyo, ese baston, me dixo el Rey, y no os detenga mi presencia para no tomar venganza de vuestro honor ultrajado. Yo os levanto la palabra que me disteis de no maltratar al Príncipe. No señor, respondí yo: basta que se haya sujetado á ser apaleado por mí: un Español ofendido no pide mayor satisfaccion. Pues bien, repuso el Rey, ya que los dos os dais por satisfechos, podreis ahora

to-

tomar libremente el partido que se acostumbra entre caballeros, segun el proceder regular. Medid vuestras espadas para terminar el duelo. Eso es lo que yo deseo vivamente, dixo el Príncipe en tono alterado y descompuesto, porque solo esto es capaz de consolarme del vergonzoso paso que acabo de dar.

Dichas estas palabras se retiró lleno de cólera y de confusion, y dos horas despues me envió á decir que me esperaba en cierto sitio excusado. Acudí á él, y le encontré muy prevenido para reñir bien. Tenia unos quarenta y cinco años, y no le faltaba destreza ni valor. Podíase decir con verdad que era igual el partido entre los dos. Venid, Don Pompeyo, me dixo, y terminemos de una vez nuestras diferencias. Uno y otro debémos estar furiosos, vos por el tratamiento que os hice, y yo por habéros pedido perdon. Diciendo esto echó mano á la espada arrebatadamente, y tanto, que no me dió tiempo para responderle. Tiróme dos ó tres estocadas con la mayor viveza; pero tuve la fortuna de parar los golpes. Acometíle despues, y conocí que reñia con un hombre tan diestro en defenderse como en acometer, y no sé lo que hubiera sucedido á no haber tropezado el Príncipe, y caído de espaldas quando se defendía retirándose. Paréme inmediatamente luego que le ví en tierra, y le dixe que se levantara. ¿Por qué razon me perdonais? me preguntó él. Me ofende mucho esa piadosa generosidad. Tambien que-

TOM. I.

PP

da-

daria muy obscurecida mi gloria, le respondí yo, si quisiera aprovecharme de vuestra desgracia: vileza que no cabe en un corazón noble y Español. Levantaos, vuelvo á decir, y prosigámos nuestro duelo.

No, Don Pompeyo, me dixo miéntras se iba levantando, despues de un rasgo tan noble no me permite mi honor empuñar la espada contra vos. ¿Qué diria el mundo de mí, si tuviera la desgracia de pasáros el corazón? Tendriame por un villano cobarde, si quitaba la vida á quien me pudo dar la muerte. No puedo, pues, armarme contra vuestra vida; ántes bien mi gratitud há convertido en dulces y amorosos afectos los furiosos movimientos que agitaban mi corazón. Don Pompeyo, cesémos ya de aborrecérnos. Poco dixé: seámos amigos. ¡Ah, señor, exclamé yo, y con qué gusto acepto una proposicion tan gustosa! Desde este instante os juro una sincerísima amistad, y para dáros desde luego la prueba mas concluyente, os prometo no poner mas los pies en casa de Doña Hortensia, aun quando ella lo deseara. No admito la promesa, dixo él, ántes bien yo quiero cedéros aquella dama. Es mas razon que yo os la abandone, puesto que su inclinacion es naturalmente por vos. Nó, nó, le interrumpí; vos la amais, y los favores que me dispensaria podrian inquietáros, y así quiero sacrificarla á vuestra paz y quietud. ¡Oh, gran Español, empapado todo en nobleza y en generosidad! exclamó transportado

Ra-

Radrivil, y estrechándome entre sus brazos. Me encanta, me hechiza ese vuestro nobilísimo modo de pensar. ¡Oh, y qué remordimientos de corazón siento al oirlo! ¡Con qué dolor, y con quanta vergüenza se me viene á la memoria el villano ultrage que os hize! Paréceme ahora muy ligera la satisfaccion que os dí en el gabinete del Rey. Quiero repararla de un modo mas público, para borrar enteramente la infamia. Tengo una sobrina, de cuya mano puedo absolutamente disponer: yo os ofrezco su mano; es una heredera rica, no tiene mas que quince años, y todavía es mas hermosa que jóven.

Hice al Príncipe todos los cumplimientos, y le dí todas aquellas gracias que me podia inspirar el honor de entrar en su familia; y pocos dias despues me casé con su sobrina. Toda la Corte se congratuló con aquel señor, por haber hecho la fortuna de un caballero á quien habia cubierto de ignominia; y mis amigos se alegraron conmigo del feliz remate de una aventura que prometia mas doloroso y mas funesto desenlace. Desde entónces acá, señores míos, vivo con el mayor gusto en Varsovia. Mi esposa me ama, y yo la amo. Su tío me da cada dia nuevos testimonios de su amistad; y puedo asegurar sin ostentacion que estoy bien puesto en el ánimo y en la gracia del Rey. Prueba es de su estimacion la importancia del negocio que de su orden me ha traído á Madrid.

CA-

## CAPITULO VIII.

*Muda Gil Blas de amo por cierto accidente que sucedió.*

Esta fué la historia que contó Don Pompeyo, y que oímos el criado de Don Alexo y yo, aunque nos mandáron que nos retirásemos ántes que la principiase. Hicimoslo así, mas nos quedámos á la puerta de la sala, que de propósito dexámos entornada, y pudimos oír todo lo que dixo sin perder una sola palabra. Prosiguiéron despues aquellos señores en beber; pero lo dexáron ántes del día, porque como Don Pompeyo habia de hablar por la mañana al Ministro, era razon que le diesen tiempo de reposar algun tanto. El Marques de Zenete y mi amo se despidieron de aquel caballero abrazándole y dexándole con su pariente.

Nosotros por esta vez nos acostámos ántes de amanecer; y por la mañana mi amo me honró añadiéndome otro nuevo empleo. Gil Blas (me dixo) toma papel, tinta y pluma para escribir dos ó tres cartas que te quiero dictar, pues te hago mi secretario. ¡Bravo! dixé entre mí: esto se llama acrecimiento de títulos y de encargos. Lacayo para ir detras de mi amo á todas partes, ayuda de cámara para ayudarle á vestir, y secretario para escribirle las cartas dictándole su señoría. El cielo sea loado. Voy, como

mo la triforme Hecates, á representar tres muy distintos personages. Tú no sabes (prosiguió mi amo) que fin tengo en escribir estas cartas. Vóltelo á decir; pero sé callado, porque te importa la vida. A cada paso me encuentro con gentes que me apestan alabándose de sus felices aventuras; yo quiero sobrepujar á su vanidad, y para eso he pensado llevar siempre en el bolsillo varios billetes fingidos de diferentes damas, y leérselos quando ellos hagan necio alarde de sus conquistas. Esto me divertirá un momento, y seré mas afortunado que todos mis compañeros, porque ellos solicitan esas fortunas solo por tener el gusto de publicarlas, y yo tendré el gusto de referirlas sin los malos ratos que trae consigo el pretenderlas. Pero tú (añadió) procura desfigurar tu letra, mudando la forma de manera que los papeles no parezcan escritos de una misma mano.

Tomé, pues, pluma, tinta y papel para obedecer á Don Matias, que me dictó un billete en los términos siguientes: *Anoche faltaste á tu palabra, y no te dexaste ver en el sitio concertado. ¡Ah, Don Matias! no sé qué podrás decir para disculparte. Grande ha sido mi error; pero bien has castigado mi vanidad y la ligereza con que creia yo que todas las diversiones, y aun todos los negocios del mundo debian ceder al gusto de ver á Doña Clara de Mendoza.* Despues de este billete me hizo escribir otro como de una dama que sacrificaba un gran señor

al amor de su persona; y otro en el qual otra dama le decia que si estuviera segura de su discrecion y secreto, harian juntos el viage de Cytherea. No contentándose con hacerme escribir unos billetes tan bellos, me obligaba á que los firmase con el nombre de varias señoras muy distinguidas. No pude dexar de decirle que la cosa me parecia demasidamente delicada; pero me respondió secamente, que nunca me metiese en darle consejos miéntras no me los pidiese. Víme obligado á callar y á obedecerle. Acabóse de vestir, ayudándole yo: metió los billetes en el bolsillo, y salióse de casa. Seguile, y fuimos á la de Don Juan de Moncada, que tenia convidados aquel dia á cinco ó seis caballeros amigos suyos.

Hubo una gran comida, y reynó en toda ella la alegría, que es la salsa mejor de los festines. Todos los convidados contribuyéron á mantener viva la conversacion, unos con chismos, y otros contando historietas que les habian sucedido, siendo ellos mismos los heroes y protagonistas. No malogró mi amo la ocasion de que lo luciesen sus billetes y papeles amorosos. Leyólos en alta voz y en tono tan natural, que, á excepcion de su secretario, todos los demas pudieron tenerlos por muy verdaderos. Entre los caballeros que se hallaron presentes á tan donosa lectura habia uno que se llamaba Don Lope de Velasco. Era por casualidad hombre grave y de juicio. Este, en vez de celebrar,

co-

como los otros, las imaginarias fortunas, preguntó friamente á mi amo si le habia costado mucho la conquista de Doña Clara. Ménos que nada, le respondió Don Matias. Ella dió todos los primeros pasos. Víome en el paseo; pagóse de mí; mandó que me siguiesen; supo quien era yo; escribióme y citóme para su casa á la una de la noche, quando todos estaban durmiendo. Fuí allá, introduxéronme en su quarto... Lo demas no sufre mi discrecion que lo diga.

Quando Don Lope de Velasco oyó aquella lacónica relacion, se turbó tanto que todos se lo conocieron, y no era dificultoso adivinar lo mucho que se interesaba en el honor de aquella dama. Todos esos billetes, dixo á mi amo mirándole con ojos torbos y ayrados, son absolutamente falsos, particularmente el de Doña Clara de Mendoza, de que haces tanta ostentacion y tanta pompa. No hay en España señorita mas reservada, ni mas circunspecta que ella. Dos años há que la obsequia un caballero que no os cede en nacimiento, ni en mérito personal, y apenas ha podido conseguir los mas indiferentes y mas inocentes favores: siendo así que se puede lisonjear de que si fuera ella capaz de dispensar alguno, á ningun otro que á él los dispensaria. ¿Y quién os dice lo contrario? replicó mi amo en un tono burlesco. Convengo en que es una señorita muy honesta: yo tambien soy un muy honesto caballero, con que debeis creer que nada pasaria que no fuese honestísimo. Oh! eso

ya

ya es demasiado, interrumpió Don Lope. Dexémonos de truanerías. Vos sois un embustero; y nunca os citó Doña Clara para su casa, ni de día ni de noche. No puedo sufrir que mancheis su reputación. Tampoco á mí me permite ahora la discreción deciros todo lo demas que mereceis. Y diciendo estas palabras volvió broncamente las espaldas á todos, y se retiró con un ayre que anunciaba las malas consecuencias que podría tener aquel negocio. Mi amo, que tenía bastante valor para un señor de su carácter, hizo poco aprecio de las amenazas de Don Lope. Gran tonto! exclamó dando una carcajada. Los caballeros andantes, como D. Quixote de la Mancha, solo defendían la *sin par hermosura* de sus damas; pero este quiere defender la *sin par honestidad* de la suya; lo que me parece mayor empeño, ó á lo ménos mas risible extravagancia.

El retiro de Velasco, al que en vano quiso oponerse Moncada, no descompuso la fiesta. Los caballeros, sin parar mientes en eso, prosiguieron alegrándose, y no se separaron hasta el amanecer. Mi amo y yo nos acostamos á las cinco de la mañana. El sueño ya me vencía, y había hecho ánimo de dormir bien; pero echaba la cuenta sin la huésped, ó por mejor decir sin nuestro portero, que una hora despues me vino á despertar y á decirme que estaba á la puerta de la calle un mozo que preguntaba por mí. Ah maldito portero, le dixé bostezando, en-

tre

tre enfadado y dormido, ¿no consideras que solo há una hora que me acosté? Dí á ese hombre que estoy durmiendo, y que vuelva de aquí á cinco ó seis horas. Dice, respondió el portero, que tiene precisión de hablarte luego, luego, porque es cosa de importancia, y de mucho apuro. Levantéme á estas palabras, poniéndome solamente los calzones y una almilla, y echando pestes por la boca fui á ver lo que me quería el mozo que me buscaba. Amigo, le dixé, ¿que negocio tan urgente es el que me ha procurado el poco gustoso honor de verte tan de mañana? Una carta, respondió él, que debo entregar en mano propia del señor Don Matias, y es preciso la lea quanto mas ántes. Su contenido es de la mayor importancia, y así te ruego que me introduzgas en su quarto. Persuadido que debía ser alguna cosa de grande consecuencia, me tomé la libertad de ir á despertar á mi amo. Perdone V. S., le dixé, si le vengo á interrumpir el sueño, pero la importancia... ¿Qué diantres me quieres? dixo enfadado. Señor, dixo entónces el mozo que me acompañaba, es una carta de Don Lope de Velasco, que debo poner en mano propia de V. S. Tomó el billete Don Matias, leyóle, y dixo con mucho sosiego al criado de Don Lope: hijo, yo nunca me levanto hasta medio día, aunque me conviden para la mayor diversion del mundo; mira si me levantaré á las seis de la mañana para ir á reñir. Puedes decir á tu amo, que como me espere hasta las do-

TOM. I.

QQ

ce

te y media en el sitio que me dice, seguramente nos veremos en él. Dale esta respuesta; y diciendo esto volvióse á zabullir entre las sábanas, y tardó muy poco en volverse tambien á dormir.

A las once y media se levantó, y se vistió con grandísima pachorra. Salió de casa diciéndome que por aquella vez me dispensaba que le siguiese; pero no pude resistir á la curiosidad de ver en qué paraba aquel negocio. Fuíme tras de él á lo largo hasta el Prado de San Gerónimo, donde ví á lo léjos á Don Lope de Velasco que le estaba esperando. Escondíme donde sin ser visto pudiese observar á los dos; y ví que se juntaron, y que un momento despues comenzáron á reñir. Duró mucho la riña, peleando uno y otro con mucha destreza y con igual valor; pero al fin se declaró la victoria por Don Lope, quien con una estocada pasó de parte á parte á mi amo; dexóle tendido en tierra, y se escapó muy satisfecho de haber tomado venganza. Corrí exhalado á Don Matias; halléle sin sentido y casi muerto: espectáculo que me enterneció, y no pude ménos de llorar una muerte de la qual sin pensarlo, habia yo servido de instrumento. En medio de eso y de mi justo dolor, no dexé de pensar en hacer lo que me convenia. Volvíme prontamente á casa sin decir palabra á nadie. Hice mi hatillo, en el qual por inadvertencia metí tambien algunas cosillas de mi amo, y luego que lo llevé á casa del barbero donde tenia

nia depositado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que habia sucedido siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oír; pero sobre todo fuí á contársela á Rodriguez. Este ménos afligido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de Don Matias, mandólos que le siguiesen, y fuímos todos al lugar de la pelea. Levantámos á Don Matias, que aun respirába; llevámosle á casa, y murió tres horas despues. Tal fué el trágico fin del señor Don Matias, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos fingidos y fabricados por él.

## CAPITULO IX.

*Del amo á quien fué á servir Gil Blas despues de la muerte de Don Matias.*

Algunos dias despues del entierro de Don Matias fuéron pagados y despedidos todos sus criados. Yo entablé mi alojamiento en casa del barberillo, con quien contraxe estrechísima amistad. Prometiame estar allí con mas gusto y con mayor libertad que en casa de Melendez. Como tenia algun dinerillo, no me dí priesa á buscar nueva conveniencia. Por otra parte me habia hecho muy delicado en este particular. Ya no gustaba servir á gente comun y plebeya, y aun entre la noble queria primero exâminar bien el em-